

# Relatos de fantasía (Hotel)

Amarie P. King



## Capítulo 1

Dejaron el coche a escasos metros de la entrada. Entre dos grandes maseteros sembrados con dos rosales rojo terciopelo. El exceso de agua rezumaba por los bordes para ir a escapar hacia una formación de arbustos muy bien podados. Un suave olor procedente de las rosas, afloraba con timidez ante el nauseabundo olor del humo de los tubos de escape.

—¿Estas segura de que este es el hotel? —preguntó Estefan. Miraba el panfleto que imprimió antes de salir de casa—. No sé. No...no creo que por este precio tengamos esto.

—Completamente segura —señaló directamente al nombre del hotel en letras doradas, para después señalarlo en el panfleto.

—Es que...no sé. ¿Cuándo se ha construido? Parece demasiado nuevo.

—Eso es porque es nuevo —le quitó el papel de las manos—. Es del año pasado.

—Cuando algo es tan barato, es porque tiene que tener algo malo.

—No tiene nada de malo —subió los primeros escalones. Se sentía un poco tonta, allí, mirando a la nada. Arrastraba con la mano derecha una de las maletas. La izquierda a un seguía vendada. Y, aunque el dolor menguaba cada día, seguía sin poder agarrar casi nada con ella. Y todo gracias a un vaso de cristal que se le deshizo en la mano—. Es nuevo, y esta de promoción.

—Si al menos estuviese encantado —cogió el resto de las maletas y la siguió hasta la entrada. El edificio tenía tan solo cinco plantas, y una piscina. La fachada estaba decorada con placas de metal oxidado. Moderno, pero sin ese encanto característico de los hoteles antiguos—. Hubiese preferido uno antiguo. Con una historia tras cada puerta y cada pared. Con telarañas cubriendo un sótano atestado de objetos abandonados por los inquilinos, y una de esas bombillas que no iluminan nada. Con ruido por los...

Una fila de cuatro maseteros se extendía a todo lo largo. En ellos también había rosales rojo terciopelo, y, a diferencia que sus hermanos del aparcamiento, estos no dejaban escapar ni una gota de agua. El olor era más fuerte.

—Te abrías quejado — Olga lo interrumpió. Le dio un empujoncito en gesto cariñoso—. Sé cuánto te gustan esas historias. Pero son solo eso.

Historias.

—Sabes que no —pasaron por una plataforma de cristal por la cual pasaba un riachuelo iluminado por luces led—. Me encantan ese tipo de hoteles, y esas historias...reales.

—Que las cuenten un puñado de personas, no quiere decir que sean reales —dijo Olga. Se pasó la mano por el pantalón vaquero. Conjuntaba a la perfección con la camisa a cuadros. Rojos y verdes.

—Por eso mismo son fenómenos extraños —se detuvieron ante la entrada—. No tendría nada de especial que todo el mundo viese fantasma, monstruos o marcianos. Y si, son reales. Que nosotros no podamos verlos no significa que no existan. Es como el lado oculto de la luna. Que nosotros no podamos verlo no quiere decir que allí no haya nada.

—¿Y que se supone que ahí? —Olga lo miró fijamente. La puerta se abrió y se cerró—. En la cara oculta de la luna.

Estefan pensó durante un breve instante que decir. Lo cierto era que no sabía que había allí. ¿Quién podría saberlo realmente sin haber estado en persona?

—No lo sé a ciencia cierta —respondió Estefan. Vestía como casi siempre. Con una sudadera y pantalones vaqueros de esos rotos—. No he estado allí para verlo. Todo lo que tengo son teorías y pruebas que los gobiernos desmienten.

—Anda, vamos dentro.

—Sabes que tengo razón —la puerta volvió a abrirse y cerrarse. El recepcionista los miró desde la recepción.

Cruzaron al interior a la vez. Las pequeñas ruedas de las maletas pasaron con dificultad por el esterillo de color gris, a juego con el suelo gris claro y oscuro. Pasearon por el recibidor con asombro. Parecían dos niños pequeños que acaban de descubrir todo un mundo ante sus ojos.

Los recelos de Estefan aumentaban cada vez que descubría algo nuevo. Un precio como ese no podía estar ligado a un hotel semejante. ¿Dónde estaría la sorpresa? Solo los ricos podían permitírselo. Y él dictaba mucho de serlo. Compaginaba el trabajo de camarero con la afición hacia la ufología. Olga trabajaba en el mismo restaurante, solo que en turnos diferentes. No se conocieron en el trabajo, sino en la fiesta de fin de año del 2008. Y no. No estaban celebrando una especie de aniversario. Se dirigían a una convención de ufología, en la que Estefan daría una charla sobre los ovnis y la cara oculta de la luna. En el mundo de lo paranormal,

los ovnis y las criaturas extrañas, era toda una eminencia.

Pasaron al lado de un conjunto de cuatro sillones y un sofá tapizado en blanco, con adornos en metal. Una mesita de cristal alojaba un puñado de revistas en perfecto orden. Olga se quedó asombrada ante el cuadro que los vigilaba. Aquellas líneas rectas y curvas, en forma de círculos, cuadrados, triángulos, hexágonos y rombos, todos ellos de diferentes colores, oscuros y claros, parecían absorberla. Adoraba la pintura y pintar. Tenía el piso lleno de sus cuadros. Exponía siempre que podía. Aspiraba, al igual que Estefan, a dedicarse a lo que de verdad le gustaba. Pintar.

—Buenas tardes —el recepcionista los recibió con una gran sonrisa entre los labios—. Soy Conrad, recepcionista y dueño del hotel.

Estefan y Olga le devolvieron el saludo con una sonrisa no tan entusiasta. Aún seguían asombrados por todo el lujo que los rodeaba. Con cada mirada que echaba Estefan, más aumentaba su incredulidad hacia el precio.

—Teníamos una reserva a nombre de Olga —dijo Olga. Dejó la maleta a un lado y se inclinó hacia el mostrador de pizarra.

—Enseguida lo busco —soltó otra sonrisa y enseguida se puso a teclear en un teclado que imitaba al de una máquina de escribir, mientras revisaba con la mirada la pantalla. Era un hombre que sobresalía cuatro cabezas por encima del mostrador. Llevaba el pelo corto y la barba recién afeitada. Vestía pantalones de traje y chaleco beige. Por lo demás era bastante normal.

Estefan revisaba la publicidad mientras que Olga miraba el móvil y el recepcionista seguía tecleando a la vez que hacía ruiditos con los labios.

—Muy bien. Ya está todo —les dio la llave, en forma de tarjeta, de la habitación—. Diríjense hacia allí —señaló con la mano hacia un pasillo con dos ascensores de puertas plateadas—. Alguien les acompañara a la habitación.

—Gracias —dijo Olga. Cogió la tarjeta y la guardó en uno de los bolsillos traseros.

—Que tengan una buena estancia —sonrió una última vez antes de que los nuevos huéspedes desaparecieran por el iluminado pasillo.

Se detuvieron ante una de las puertas. Olga clavó la mirada en otro cuadro. Este no consistía en formas que casi nadie entendía. Era el llamado arte moderno. Ese era de un paisaje invernal. Diminutos copos de nieve caían sobre una pradera blanca, rodeada de un pueblo cobijado por un cinturón de montañas. Estefan no hizo nada. Se limitó a meter las

manos en los bolsillos y a esperar a la persona que debía llevarlos a la habitación. En breve anochecería y empezaba a tener hambre. Tenía antojo de hamburguesa desde hacía varias horas.

Esperaron tan solo un par de segundos antes de que apareciera una mujer vestida con idéntico traje que Conrad, salvo por que ella vestía una falda y el pelo recogido en una coleta. El color rojo de sus labios resaltaba sobre el resto.

—Buenas tardes. Mi nombre es Sofía, dueña del hotel —cruzó los brazos sobre el vientre—. Les llevare a la habitación.

Olga y Estefan la miraron confundidos.

<<Serán marido y mujer>> pensó Olga. Los dos llevaban una alianza. Tampoco importaba.

—¿Los dos sois dueños del hotel? —preguntó Estefan. Había encontrado algo que empezaba a interesarle del aquel hotel.

—Los dos somos dueños de este hotel—le dio al botón del ascensor—. Desde hace varios años

—Pensaba que era nuevo —dijo Olga. Escuchó un leve chirrido a lo lejos.

—No. Nosotros lo acabamos de restaurar el año pasado —la puerta del ascensor se abrió. Sofía les dio paso—. No fue fácil. Hubo mucho por hacer.

Estefan comenzó a interesarse más. Tal vez encontrase una historia para compartir con sus colegas y seguidores después de todo. Sacó una libreta de la bandolera.

—¿De qué año era? —preguntó mientras pasaba las paginas en busca de una en blanco. La puerta se cerró, y Sofía apretó el botón del segundo piso.

—Originalmente fue construido en 1924.

—Que interesante —apuntó el dato en la libreta.

<<Puede que hasta saque una buena historia de este lugar>>

—Pero ya no queda nada del edificio original. A lo largo de los años fue ampliado y derribado, hasta ahora —miró la pantallita donde salía el número de la planta en la que estaban—. Nosotros mismos derribamos varia zonas de la parte norte. Creo que fueron construidas en los noventa.

Era lo más antiguo que se conservaba.

Aquellas palabras lo decepcionaron, pero solo un poco. Puede que aun quedase un sótano, una vieja maldición o fantasmas deambulando por los pasillos y habitaciones. En casi cien años algo tenía que haber ocurrido. Preguntaría al personal, a sus amigos de los foros, en los archivos locales y en la red. Si algo había pasado en el lugar, lo encontraría.

—¿Esta el hotel encantado? —preguntó Estefan directamente. Estaba preparado para apuntar cualquier dato interesante.

—¿Qué? No. No. —hizo gestos raros con la cara. Olga pudo verlos en el reflejo de la puerta metálica.

—No pasaría nada —dijo Estefan—. A mí me gustan. Hay bastante reclamo para los hoteles encantados.

—Este no lo está. Lo siento.

## Capítulo 2

No dejó esperar ni un segundo antes de hacer la siguiente pregunta incomoda. Olga ya estaba acostumbrada a las preguntas. Las hacía en casi todos los sitios a los que iban. Al igual que ella se fijaba en los cuadros, el preguntaba.

—¿Sabes si alguien murió antes de que vosotros llegaseis? —para Sofía, el tiempo pareció haberse detenido entre aquellas cuatro paredes y un cristal—. ¿Hay archivos antiguos que pueda ver?

—Si murió alguien antes de nuestra llegada, no lo sé. Con nosotros no —se podía apreciar en el tono de su voz que estaba molesta. Y era para estarlo. El dos estaba a punto de aparecer ante todos, junto a la flecha parpadeante—. No conservamos nada. Todo lo que quedaba fue destruido con los restos del antiguo edificio.

—¿Por qué lo destruisteis todo? —preguntó molesto. A su juicio, ese tipo de cosas siempre había que guardarlas. La historia era lo más importante, y de un valor incalculable.

—Ya hemos llegado —les indicó con la mano...la salida—. La habitación está al final de pasillo— siempre estaban al final del pasillo, las encantadas, claro.

Rehusó contestar a la pregunta. No era de su importancia el porqué de sus acciones. Todos aquellos papeles, muebles, ropa, cortinas, colchones y un millar de cosas más que ni se molestaron en revisar, todo era basura que molestaba y era suya para hacer lo que quisiesen.

Sofía dejó muy claro que no quería seguir siendo interrogada. Estefan guardó la libreta y guardó silencio. Olga ya sabía lo que significaba su silencio. A ella le tocaría escuchar todas las teorías que se le pasasen por la cabeza. Soltaría a su ejército de buscadores en la red. Antes de irse a cenar, lo sabría todo sobre el hotel, siempre que esa información no estuviese cogiendo polvo en alguna oscura habitación.

Pasaron al pasillo, rodeado de un silencio casi sepulcral. Flotaba un agradable y refrescante aroma que ninguno de los dos supo distinguir. Miraron en busca del ambientador. Entre puerta y puerta había más cuadros. Luces sobre sus cabezas, extintores, altavoces, alarmas contra incendios, manecillas para dar la alarma, pero ningún ambientador.

—Esta es su habitación —se detuvo junto a la puerta. Tapando la puesta de sol que se colaba por la ventana—. La número 24. Espero que sea de

su agrado.

<<Lo sería si estuviese encantada>>

—Gracias —repitieron al unísono.

—Pueden pedir la cena al servicio de habitaciones, además de disfrutar del resto de las instalaciones. Si necesitan algo más, no duden en llamar a recepción —asintió con la cabeza.

Sofía desapareció por las escaleras. Iba alternado. Una vez ascensor, otra escaleras.

Los dos se adentraron en la habitación. Estaba muy bien. Limpia y con buen olor. ¿Qué más se podía pedir? Parecía una tontería. Y puede que para algunas personas lo fuese. Habían estado en cada hotel, con igual precio, que Estefan esperaba cualquier cosa. En muchos de esos hoteles, la recepción siempre era espectacular. Pero a media que iban subiendo a la habitación, parecía que descendiesen al inframundo. Humedades, gritos, desconchones, faunas de toda clase, olores indescritibles. Y, cuando parecía que nada podía empeorar, entraban en la habitación, o más bien, en otro mundo. Nada que envidiar a las películas o los libros de fantasía o terror. Eso sí que era para investigar.

—Está bastante bien —dijo Olga tras echar un vistazo rápido y dejar la maleta al lado de la puerta del armario empotrado—. Pero que muy bien. Tienes que aprender a confiar en mi— soltó una risita.

—Si —dejó la maleta junto a la cama. Miraba incrédulo. Por primera vez en mucho tiempo, casi se había quedado sin palabras—. No lo creería de no estar viéndolo. Este hotel va mejorando por momentos. Solo falta que este encantado. Sería la guinda del pastel, antes de llegar a la convención.

—Mira, hay tele, aire acondicionado, un escritorio —se sentó en la cama—. El colchón es muy cómodo. Siéntate y Pruébalo.

—Será de esos de espuma —retiró las cortinas. Un hermoso paisaje se dejó ver.

—Parece que dormiremos cómodos —probó la cama dando unos cuantos saltos—. Sí que es cómodo.

Estefan sacó el móvil. Comenzó a teclear como un loco a todos los contactos relacionados con los espíritus y las maldiciones. No le llevó mucho. Había desarrollado una rapidez extrema. Dejó a un lado el teléfono para sacar el portátil y centrarse en el pasado del hotel. Todo a su alrededor desapareció. Podía ser una gran historia que contar antes o

después de la charla. O como anécdota durante la comida. Ya lo pensaría, o le pediría consejo a Olga.

—Voy al baño —no esperó una respuesta. Sabía muy bien que cuando estaba con alguna investigación casi nada podía distraerlo de su tarea.

—Eh. Si, si —dijo Estefan sin prestarle mucha atención. Estaba inmerso en una posible pista. Para lo único que despego la mira de la pantalla fue para ponerse las gafas. Tanto investigar lo habían dejado medio ciego.

Olga entró en el cuarto de baño. Soltó el neceser morado dentro del lavabo. Más bien lo lanzó con descuido. Uno de los botes de cristal del interior del neceser dejó escapar un leve quejido al chocar contra el lavabo. Corrió hasta la enorme bañera, sacada de una de esas mansiones antiguas. Desde que se independizó a los diecinueve años, solo podía darse largos baños de espuma y sales, cada vez que visitaba a sus padres. Una cosa tan simple como una bañera, se había convertido para los dos en un lujo lejos de su alcance. En ninguno de los pisos, que podían permitirse, ese lujo era sustituido por un pequeño cuadrado de cerámica amarillenta, con una cortina o mampara casi deshecha.

<<Que buen baño me voy a dar esta noche. Voy a dormir como nunca —ya podía imaginarse allí dentro, con el agua hasta el cuello, acariciando el vapor que manaba de ella. Tocó el fondo de la bañera y el grifo dorado—. Si hay un radiador para las toallas y los albornoces.>>

## Capítulo 3

Se fue directamente a tocarlas. Estaban...como debían estar. Calientes y con un olor agradable. Todo allí olía tan bien. Aquel olor le recordó tanto a su piso de alquiler. Seguramente, después de ese hotel, ninguno le parecería suficientemente bueno. Era perfecto. Esperaba que Estefan y el ejército de buscadores que tenía por amigos, no encontrasen nada, para que fuese más perfecto aun.

Siguió oliéndolas un rato más. Hasta que un ruido chirriante llamó su atención. Miró alrededor en busca de ese molesto ruido que la sacó de un maravilloso lugar. No vio nada fuera de lo normal. Anduvo por el baño. Pego la oreja a la pared. Levantó la vista al techo. Y nada. Allí no vio nada raro. Salió al diminuto pasillo dentro de la habitación. Tampoco vio nada raro. Estefan seguía donde mismo. Fue hasta él y le puso la mano en el teclado.

—¿Qué ocurre? —preguntó. Había encontrado algo muy interesante.

—¿Has oído ese ruido? —le dijo. No entendía el porqué de su preocupación. Ella no creía en esas cosas.

—No —se encogió de hombros—. ¿Cómo era el ruido? —preguntó.

—Déjalo.

Se dio la vuelta para dirigirse a la puerta. Cuando llegó a ella la abrió sin saber muy bien lo que buscaba y lo que encontraría. Estefan la miraba desde el escritorio. El pasillo estaba a oscuras. La noche había caído sobre ellos y no se había dado ni cuenta. ¿Cuánto tiempo estuvo en el baño? No podía ser tanto. Estaba segura de que no. Movié las manos en busca de ese sensor que encendiese las luces. Como no obtuvo ningún resultado, salió a fuera, a la caza de un interruptor. Avanzó varios pasos tanteando la pared.

<<¿Por qué no funciona?>> lo pulsó con fuerza cuando lo encontró.

Volvió a escuchar el mismo chirrido. Levantó la cabeza en su busca. Algo cruzó el pasillo con rapidez.

—¿Quién hay ahí?

—Soy yo —dijo Estefan tras ella. Le dio tal susto que casi le da un infarto—. ¿Qué pasa?

Lo miró con ojos palpitantes.

—Joder —dijo casi con un grito de odio. El corazón le iba a mil. No muchas veces le ocurría—. No funcionaba el interruptor.

—Si funciona. Mira—pulsó el interruptor y todo el pasillo se iluminó—¿Qué te pasa? Te noto rara. Más de lo normal.

Intentó en vano hacerla reír.

—Me has asustado —se puso la mano en el pecho.

<<Esto me pasa por escuchar todo lo que me dice.>> Olga respiró hondo.

—Pensaba que ti no te asustabas con estas cosas —le cogió la mano—. Con la oscuridad.

—Pues ya ves que sí —tragó saliva. El baño se adelantaría—. Vamos dentro. Tengo hambre y ganas de un baño.

—He visto en un folleto de la recepción que hay una sauna —Estefan cerró la puerta—. Podemos ir luego. Te relajará antes del baño.

—Pediré la comida y ya veremos.

Recorrió toda la habitación en un segundo que se le hizo eterno. El tembleque de la mano izquierda aumento al llegar al escritorio. Sí que le había afectado. Estaba desconcertada. Ese tipo de cosas le daban igual. De hecho, solía reírse con todo aquello, y mucho. A veces delante de Estefan y otras a escondidas, dependiendo del interés que mostrase. Muchas cosas podían haber provocado dicha sombra. Por la que más apostaba era por el cansancio. El viaje había sido largo y caluroso. Y por si fuera poco, hacía ya un par de días que no se encontraba bien por culpa de un resfriado.

<<Maldito resfriado>> se tocó la frente en busca de la fiebre. No halló nada salvo sudor.

Llegó hasta el teléfono que descansaba sobre una mesita de noche nada convencional. Lo descolgó y lo sostuvo a pocos centímetros de la cara. Lo miró embobada, como si nunca hubiese visto uno, mientras el sonido que salía del altavoz le atravesaba el tímpano.

—Deja —le puso la mano sobre el hombro—. Ya llamo yo —cogió el teléfono con cuidado y lo colgó. Estaba tan sorprendido como ella.

Olga caminó hacia la ventana en busca de un poco de aire fresco, sin saber que por ella no entraría nada. Todas las ventanas del hotel, al igual que las de los rascacielos, estaban cerradas de tal forma que nadie podía abrirlas sin el uso de la fuerza. Tampoco eran cajas acorazadas ni nada por el estilo. Si ejercías la suficiente fuerza, lanzando una silla, una mesita, el cristal se haría añicos. En ese caso, sí que tendría su aire fresco. Pero no lo haría. No se había vuelto loca. Por el momento. Solo estaba...bueno no lo sabía muy bien del todo. Tenía algunas conjeturas.

Pasó la mano por el cristal con cierta fuerza al no ver nada parecido a un picaporte, y, antes de volver a intentarlo, comprendió que no se abriría por mucho que lo intentase. Dejó escapar un suspiro. No todo allí iban a ser ventajitas. En los otros hoteles, en los que sí que estaban acostumbrados a hospedarse, las ventanas sí que se abrían, aunque no quisiesen.

Hizo uso de la silla del escritorio. Seguía caliente. Aunque no por mucho tiempo. Le resultaba bastante incomoda. La cintura no tardaría en darle molestias si seguía mucho tiempo sentada.

Estefan miró la diminuta guía telefónica plastificada. Buscaba el número de la cocina. Sería una tarea sencilla. Solo había cuatro números. Bar, spa, cocina y recepción. Cuando lo encontró, marcó los tres números. Le echó un ligero vistazo al menú en lo que respondían a la llamada. No debería de tardar. No había visto ni oído a nadie. Y no era de extrañar, subieron directos a la habitación.

Al cuarto tono, una voz ronca respondió a la llamada.

—¿Qué querías pedir? —dijo casi en susurros. La voz ronca seguía hablando. Se podía apreciar la voz a través del auricular.

—Tabulé con hortalizas frescas —respondió. Se levantó de la silla para ir en busca del mando de la tele.

Estefan la miró casi sin expresión. En su vida había escuchado el nombre de ese plato.

<<Ya me gustaría a mí ver lo frescas que son esas verduras —dijo el nombre del plato a la voz ronca—. Recién descongeladas.>>

Pidió su plato. Patatas asadas con champiñones. Con más champiñones que patatas, le dijo a la voz ronca. Le colgaron antes de que Estefan pudiese colgar.

<<Que mal educado>>

—A esperar —Estefan se frotó las manos. No tenía mucho sentido, pero le gustaba hacerlo—. Me ha dicho el me...el que me ha atendido, que la cena estará en unos veinte minutos.

—Mucho tiempo para dos platos —consiguió tranquilizarse. Contar los coches y las farolas del aparcamiento la ayudó—. ¿No?

—Estará el hotel a tope. No sé —volvió al escritorio—. Estas paredes no dejan escuchar nada —la miró, con una sonrisa.

Estefan siguió con la búsqueda. Estaba cerca de encontrar algo interesante. Uno de los buscadores le dio la pista a seguir. Olga siguió con su propia búsqueda. Encontrar algo que la distrajera de todos esos pensamientos. Tras quince minutos, lo logró. Al ver un coche familiar, con una silleta, llegó a la conclusión de todo. Aquella pequeña sombra que vio tenía que ser la del niño o niña que viajase en aquel coche.

—¿Has encontrado algo sobre el hotel? —preguntó Olga. Comenzaba a aburrirse de contar. Había diez coches de cuatro colores diferentes. Dieciséis farolas, dos de ellas parpadeando. Seis maseteros. Ocho árboles. Y cuatro señales clavadas fuera del recinto del hotel.

—Sí —giró sobre la silla muy satisfecho. Nada se le escapaba a lo hora de averiguar una buena historia —.No ha sido fácil. La página es antigua y mal diseñada. Todo es muy lioso. Pero ahí está. Solo hay que saber buscar.

—Y qué ¿Interesante? —usó el radiador de la pared para apoyarse sobre él.

—La verdad es que sí —respondió Estefan.

—¿Siniestro? —tocó el radiador con la mano—. O lo normal que suele suceder en cualquier lugar.

—Al principio normal —echó un vistazo a la pantalla del ordenador —. Y después se tuerce lo suficiente para captar mi interés y el de mis buscadores.

—No sé si quiero saberlo —bromeó. Claro que quería saberlo. Sería una de las pocas veces que mostraría algún interés por lo paranormal. Siempre se preguntaba porque las fotos salían desenfocadas y los videos borrosos. Con las cámaras de ahora era casi imposible.

Estefan le sonrió.

—Al parecer hubo un incendio en la última planta del edificio original, el de 1924 —cruzó la piernas—. Todos los huéspedes salieron a tiempo,

salvo un matrimonio con dos hijos —guardó las gafas en el estuche.

—¿Esa es la parte normal? —dijo sin mucho entusiasmo.

—Sí. Pasados dos...tres años, otro incendio arrasó nuevamente la última planta. Esta vez murió el conserje al tratar de salvar a otro matrimonio —miró la pantalla—. Con dos hijos. Podrás ver que hay un patrón.

La historia comenzó a interesarle. Aunque seguía siendo muy escéptica.

—¿Qué ocurrió después? —preguntó Olga.

—Esa parte del edificio fue derribada a causa de los daños.

—¿Y ya está? —dijo molesta—. ¿No hay nada más?

—Hay testimonios de antiguos huéspedes. Decían ver a la familia merodeando por los pasillos. Al parecer se podían ver después de unos molestos chirridos. Pero eso fue antes de derribarlo. En los años siguientes no ha habido nada más. Es cierto que estuvo abandonado durante más de cincuenta años. Tendré que seguir investigando —llamaron a la puerta—. Hay algo raro.

Olga miró como caminaba hasta la puerta. Se había quedado pálida y sin palabras. Aquello no podía ser real, sino una mala coincidencia que le amargaría el viaje.

Estefan abrió la puerta.

## Capítulo 4

—Buenas noches —dijo un muchacho joven. No tendría más de veinte años. Su voz era suave. Todo lo contrario a la voz de detrás del teléfono. Vestía con idéntica ropa que el recepcionista—. Les traigo la cena.

—Eh, si —Estefan lo examinó de arriba abajo. ¿Dónde estaba la persona tras aquella voz ronca? La verdad era, que tampoco le importaba tanto. Solo era mera curiosidad—. Buenas noches. Pase —se apartó a un lado para que pudiese entrar con el carrito de la comida.

—Gracias.

<<Parece que no somos los únicos huéspedes —en el carrito metálico que arrastraba aquel delgado chico, había al menos otras cinco cenas más, y tres platos de postre—. Seguro que esos postres están deliciosos.>> Pensó Olga. En su nueva dieta ya no había cabida para el dulce, las grasas, los fritos y otras tantas cosas más que en ocasiones olvidaban.

—Puedes dejarla ahí, sobre el escritorio —le indicó como si fuese la primera vez que el chico entrase en la habitación—. Olga puedes quitar el ordenador.

Cerró el portátil, decorado al estilo de Estefan, con pegatinas de alien, y se lo llevó a la cama mientras el chico del carrito destapaba los platos.

—Tabulé con hortalizas frescas y patatas asadas con más champiñones que patatas —dejó los platos encima del escritorio, bajo la atenta mirada de Estefan—. Buen provecho. Si desean algo más de la cocina, no duden el llamar.

—Gracias —dijo Olga.

Estefan siguió examinando la cena mientras que Olga acompañaba al chico hasta la puerta. Tras cerrarla, Olga volvió a escuchar el mismo chirrido. Giró la cabeza con rapidez hacia la puerta. Corrió hasta ella y la abrió. El chico paseaba por el pasillo con total normalidad. Miró en todas direcciones.

<<De donde mierda saldrá ese ruido>> dio un portazo y caminó furiosa hasta la cama.

—¿Y ahora que te ocurre? —preguntó Estefan—. Las hortalizas parecen frescas.

—No me ocurre nada —encendió la tele y se puso a comer—. No tardes, si

quieres que vayamos a la sauna. Necesito un baño.

—Vale —la miró. Al parecer no fue tan buena idea alojarse en ese hotel. Su bajo coste no compensaba para nada. Olga estaba de lo más rara casi desde que pusieron un pie por la puerta.

Cenaron acompañados por las voces provenientes del televisor. Olga no estaba de humor para mantener una conversación, tenía otras cosas en las que pensar, y Estefan, prefería callar a decir algo que empeorase la situación.

No tardaron más de diez minutos en devorar la cena. Todo estaba delicioso. Nunca habían probado algo así.

—¿Vamos? —dijo Olga a la vez que dejaba el plato en el mismo lugar que lo dejó el chico.

—Si —respondió Estefan. Relamía los restos del tenedor—. No hay prisa. Recuerda que antes de darte ese baño tienes que hacer la digestión.

Olga se encogió de hombros. A esas alturas de la noche, no serían más de las nueve, le importaba bien poco la digestión. Iría a la sauna para contentarlo y después directa a la bañera. Abrió la puerta, sin darse cuenta de cómo llegó hasta ella. Salió al pasillo y dio la luz. No parpadeó, no se movió, y no habría podido aunque quisiese. Miró a la niña que la miraba desde el otro lado del pasillo.

—Olga. ¿Sabes dónde está la llave? —gritó Estefan desde la habitación—. No la encuentro.

La niña salió corriendo y Olga la siguió, con el fin de aclararlo todo. Alguien pagaría si todo había sido una broma pesada.

—¿Adónde vas? —Estefan la siguió. Pero sin darse demasiada prisa.

Olga entró en el pasillo por donde la niña escapó.

—¿Qué pasa? —preguntó incrédulo—. Si no quieres ir a la sauna, solo tienes que decírmelo. No hace falta montar este numerito.

—¿Dónde está? —Olga comenzó a tocar las paredes en busca de una trampilla secreta que diese sentido a lo que acababa de ver.

—¿A quién buscas? Aquí no hay nadie.

Nadie ni nada. El pasillo no era un pasillo, era un descansillo con vistas a la piscina, un sillón idéntico a los del recibidor, una planta, dos cuadros y

una lamparita para quien quisiese sentarse a leer.

—La niña que estaba en el pasillo —estaba muy alterada. El temblor retomó su mano—. Ha venido por este pasillo —miró tras uno de los cuadros y movió la planta—. Yo la he visto. No tendría más de diez años. Vestía un camisón blanco.

—Aquí no hay nadie —se acercó hasta ella—. Lo ves. No hay puertas. Y esa ventana no se puede abrir. Vamos dentro. Te preparare la bañera. Te sentirás mejor. Ya lo veras

—Ya se lo que está pasando —lo miró—. ¿Es una broma tuya?

—¿En serio me crees capaz de hacerte esto?

Respiró hondo. Olga repasó el descansillo una última vez.

<<Me estoy volviendo loca.>> Se encontraba algo mareada y confusa.

—No —volvió a la habitación a pasos agigantados.

—Espera —Estefan la siguió casi al mismo ritmo.

—Nos vamos de aquí —dijo Olga muy nerviosa. Echaba sin ningún orden lo poco que había sacado de la maleta—. No pienso pasar la noche aquí.

—Tranquilízate —Estefan observaba desde el escritorio—. Estas completamente segura de que realmente has visto a esa niña. ¿Puede ser la hija de algún huésped? Recuerda el coche del aparcamiento.

—Se lo que he visto. Y una cosa es verlo en las fotos y videos que me enseñas, y otra muy diferente es verlo en persona.

—Veras como podemos solucionarlo —avanzó hasta ella con cautela. En ocasiones podía llegar a perder los nervios de una manera un tanto agresiva.

Volvió a escuchar otro ruido. Pero esta vez no fue ese odioso chirrido. Fue un ruido más normal, más común. Seco y a la vez escandaloso. Se giró hacia él. Aquella rápida vuelta no la ayudo con el mareo, que más que disminuir, aumento. Volvió a quedarse igual que en el pasillo. Paralizada, hasta que cayó en redondo contra la cama. Todo a su alrededor se nublo hasta que la oscuridad se abrió camino. Su última visión no fue una buena visión. Estefan era el causante de aquel ruido. Yacía a escasos metros de ella. De la boca le salía espuma, igual de blanca que sus ojos. El cuerpo aun le convulsionaba cuando Olga lo vio. Su silenciosa agonía termino a

los pocos segundos.

La puerta del armario empotrado se abrió. Conrad salió de él con una sonrisa, seguido de Sofía y el chico del carrito.

—Estos ya están —le dio una patadita al cuerpo de Estefan—. No han tardado mucho —caminó hasta Olga—. Tenías razón —se agachó y le apartó el pelo de la cara—. El veneno es mejor, aunque menos divertido. Apenas si he disfrutado.

—A partir de ahora lo usaremos —dijo Sofía mientras abría el ordenador—. Mira. Estaban mirando la página que habíamos creado. Sabía que ese pardillo buscaría información.

—Elías —Conrad se levantó y echó las cortinas—. Llévalos al sótano y deshazte de los cuerpos y toda esta basura que han traído a nuestro hotel.

El teléfono de Estefan comenzó a sonar. Lo ignoraron.

—Estaba bastante entregado en la búsqueda —Sofía guardó el ordenador en una bolsa.

—Si realmente hubiese sabido que los dos incendios fueron provocados por el dueño para cobrar los daños del seguro —dejó escapar una risita—. Iré a por Clara —miró la hora en el reloj de la pared—. Va siendo hora de acostarla. Mañana tiene que ir al colegio.

—Yo me encargo de todo esto. Llamaré para que se lleven el coche lo antes posible.

—Bien. Mañana viene a hospedarse un grupo de veinte personas.

Salió por donde había entrado. Mientras Elías cargaba los cuerpos en un carro porta equipajes y Sofía guardaba el resto de pertenencias en una bolsa de basura.

FIN

Todos los derechos reservados.